

Religión liberadora en el Tercer mundo

Que las conclusiones visibles del Sínodo de Obispos en Roma sean inoperantes y demasiado académicas, no invalida el hecho de que había allí algunos personajes de carne y hueso que todavía toman en serio el Evangelio, aunque se vean aplastados por el peso muerto de la organización eclesial que durante siglos ha pretendido dominar y pervivir confortablemente.

El tema del marxismo es uno de los que han aflorado, y ha sido tratado con fuerte sentido común por boca de varios de estos obispos. Su planteamiento nada teórico ha sido efectuado de un modo realista, bien distinto de aquel al que acostumbraban —y acostumbran— a emplear los grandes burócratas del Vaticano, o los grandes personajes directivos de la Iglesia italiana, como ha hecho recientemente todavía monseñor Benelli.

Un obispo venezolano, monseñor Maradel, lo mismo que su colega del Perú, monseñor Schmits, han señalado que en América, "la justicia y la libertad se encuentran muertas", a pesar de que la casi totalidad de los regímenes no son marxistas, sino todo lo contrario. Esto es algo que supera los inútiles enfrentamientos doctrinales —violentados a placer hasta hace bien poco por la jerarquía eclesial y por la jerarquía comunista soviética— que carecían del suficiente realismo práctico. Si tenemos los ojos bien puestos para mirar lo que ocurre en América Latina veremos un hecho que salta a la vista: en el continente americano no se respeta hoy ni la justicia ni la libertad. Los regímenes habilitados dictatorialmente se han apoderado de los resortes del mando político; bajo capa a veces de una pseudodemocracia llamada siempre de salvación y seguridad nacional, han instaurado el autoritarismo nacionalista que no permite la libertad y que no reparte las cargas sociales con justicia. Por eso el obispo peruano dijo que si bien hay que hablar del peligro de dictadura soviética, "no hay que olvidar el peligro cierto de la doctrina de la seguridad nacional" que se ha apoderado de América. Y lo mismo se desprende de la realista intervención del arzobispo del antiguo Saigón en un Vietnam bajo el régimen comunista que da el ejemplo de colaborar con él.

Todo lo que se refiere a la Iglesia latinoamericana tiene hoy una importancia decisiva para el porvenir del catolicismo, porque casi la mitad (el 42 por ciento exactamente) de los católicos del mundo entero está en América Latina. Y en este continente la casi totalidad de los habitantes son católicos, encontrán-

dose la Iglesia en primer plano de la actualidad popular. Por eso los nuevos regímenes de "seguridad nacional" pretenden mezclarla con sus actividades y orientaciones para beneficiarse así de la fuerte impronta que el catolicismo ejerce todavía sobre las masas populares. Podría hablarse de un catolicismo autóctono, a diferencia de lo que les ocurre en los países del Tercer Mundo africano. Allí las influencias europeas han sido profundas, y han incidido en lo religioso. En cambio, no ha ocurrido del mismo modo en América Latina: el catolicismo se desarrolló espontánea y popularmente con sus características específicas. De ahí que los obispos africanos clamen por un cristianismo también autóctono, como pidió —repetiendo palabras del Papa— el cardenal de Kenia, monseñor Otunga: "Tened la audacia de crear una cristiandad africanizada".

Así se están forjando las bases de una teología popular —ejemplo de ello es el buen libro de Luis Maldonado sobre "Religiosidad popular"— que tiene mucho más interés vital —a pesar de sus defectos y mixtificaciones— que todas las teologías académicas inventadas hasta ahora. En América Latina se ha desarrollado la teología de la liberación, y en África se tendrá que implantar una teología de la negritud, y de esta manera llegaremos a recitar los católicos un mismo Credo, pero con diversas maneras de creer. En eso debe consistir la esencia del catolicismo, en ser un auténtico, respetuoso y profundo pluralismo que no se contente con palabras, sino que existan muy diversos modos de crear una misma fe vital. No se tratará ya de pretender un consenso religioso de carácter ideológico, sino de vivir igual fe bajo múltiples lenguajes humanos que enfoquen de muy diverso modo nuestra vitalidad religiosa común.

Un obispo keniano planteó otro problema, propio del continente africano: que en África Oriental hay 1.500.000 nómadas que viajan con sus rebaños, y tienen derecho a un género de vida religiosa que difiera notablemente de aquellos que viven sedentariamente. Son costumbres humanas que deben quedar marcadas por el sello de la libertad humana, y tienen que ser respetadas por la Iglesia católica, adaptando toda su estructura a las legítimas maneras de ser de sus seguidores, sin pretender hacerles entrar a todos por el mismo molde en un Código de Derecho Canónico basado en unas costumbres decimonónicas y dentro de una cultura europea reinante sólo en la latitud. Todas las culturas —primitivas o desarrolladas— tienen derecho a su pre-

sencia vital en la Iglesia a plano de total igualdad, de modo que la moral, los ritos religiosos y la expresión intelectual de su vitalidad religiosa sean moldeados por la propia cultura, y no por la que ha sido importada por los misioneros de Europa o exigida por la presión del centralismo de los dicasterios romanos.

Después de la experiencia desgraciada de estos años de superficial renovación eclesial, los católicos hemos de entrar en razón y hacer un sereno examen de conciencia. Hasta ahora no hemos hecho nada más que ingenuidades propias de un niño que tiene por primera vez en sus manos un peligroso objeto con el que puede hacer lo que quiera. Ese juguete ha sido la religión, y hemos jugado muy mal con ella. Hemos pagado la novatada de nuestro estreno de libertad posconciliar, y ahora debemos ponernos ante la pregunta clave: ¿qué es ser cristiano? Y para contestarla no debemos caer en la ingenuidad de preguntar solamente a los hacedores de teologías aquilatadas de laboratorio, sino a aquellos que viven en su carne todavía la fe —que cada vez son menos— y preguntarnos si existe un rescoldo de vida íntima profunda en nuestro "almario", cosa cada vez más dudosa.

El "aggiornamento" no ha sido muchas veces una puesta al día, sino un abandono. El abandonismo ante las nuevas técnicas olvidadoras de lo humano ha sido nuestro nuevo cristianismo. Al mundo occidental no hemos sabido criticarlo por sus fallos seudocivilizadores, ni hemos adoptado una nueva actitud ante él. Nos hemos dejado llevar por la corriente de las computadoras de la cuantificación, del automatismo inhumano, del afán de lucro, de la lucha despiadada contra el prójimo y así hemos construido una sociedad que nos ahoga materialmente con su polución, contaminación y ausencia de espacios verdes. Ese es el gran fallo de los cristianos que sólo se han preocupado de "edulcorar la fuerza del mensaje cristiano" en catecismos, libros de teología, coloquios, conferencias y seminarios de estudio, sin proponer un espíritu diferente que incitase a una alternativa distinta.

El Evangelio no es de "este" mundo, es de "otro" mundo —que no debe estar ni en las nubes ni después de la muerte— y que hemos de construirlo valientemente en la Tierra, y en el cual el hombre prefiere la calidad a la cantidad, lo personal a lo masivo y la apertura hacia todas las cosas en vez de la posesión egocéntrica. ■